

GUERRA Y POLÍTICA EN EL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE (337-361)

Miguel P. Sancho Gómez

PREFACIO

Indiscutiblemente, el marco estratégico definido por el río Rin ha sido uno de los escenarios de primer orden para los mayores y más importantes acontecimientos político – militares de Occidente durante las últimas siete centurias; es curioso comprobar como las conflagraciones se llevaron a cabo y diseñaron en función y por adaptación al terreno, ya estemos hablando de las ocurridas en la Antigüedad Tardía o en el siglo pasado. La morfología y el paisaje de las tierras donde va a desarrollarse una campaña resultan finalmente tan fundamentales que se les puede considerar claves para el fracaso o el éxito. Muy cercano en la memoria, para los amantes de las grandes gestas militares, podemos encontrar el magistral despliegue del ejército prusiano en Sedán, en 1870, donde el último Emperador de Francia no tuvo más remedio que rendirse, cercado y totalmente sobrepasado por las circunstancias. El río que baña esa ciudad, el Mosa, fue objeto constante de atención y cuidados por parte de otro emperador que reinó mil quinientos años atrás, Valentiniano I, según muchos el último gobernante romano que intentó en su reinado fortificar seriamente y en profundidad el *limes* de Occidente frente a las incursiones cada vez más numerosas y potentes de francos y alamanes¹. Un poco hacia el Este de esos parajes, y regresando otra vez en el tiempo, en el Marne, asistimos en 1914 a la primera masacre de la Gran Guerra, un presagio de la época sangrienta de

¹ G. A. CRUMP, *Ammianus Marcellinus as a military historian*. Wiesbaden 1975, pp. 125-126. A. ALFÖLDI, *A Conflict of Ideas in the Later Roman Empire*. Oxford 1979, p. 7. R. C. BLOCKLEY, en A. CAMERON, P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge Medieval History. XIII The Late Empire AD 337-425* Cambridge 1998 p. 425.
P. BROWN, *El Mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*. Madrid 1989, p. 145.

trincheras que estaba a punto de comenzar y que iba a abarcar los siguientes cuatro años.

Allí mismo, pero mil quinientos años antes (356), sobre esos terrenos por entonces asolados, reunió y reorganizó el César Juliano su ejército galo, antes de lanzarse a una campaña victoriosa que acabaría por expulsar a los bárbaros del territorio romano que habían invadido, exactamente mil quinientos cincuenta y siete años antes (357-1914) de que las ametralladoras alemanas detuvieran un asalto francés en sentido contrario, pero a la vez condenando al fracaso a la ofensiva principal sobre París, donde los soldados del Káiser no tuvieron fuerza suficiente para lograr sus objetivos y acabar la guerra de una manera rápida, lo que a la postre fue fatídico y acarrió su propia derrota. Esa misma ciudad, París, fue *mi querida Lutecia*² para Juliano, su cuartel de invierno y centro de mando para sus tropas. No obstante, la ciudad no correría la misma suerte tres décadas después de que los soldados prusianos perdiesen su empuje, y, esta vez sí, cayó como fruta madura en manos de los alemanes tras su ofensiva de 1940. En ese momento la situación era notablemente distinta, y los franceses no sabían siquiera por qué estaban peleando. No sabemos si aún un general dinámico y audaz como Juliano pudiese haber cambiado entonces los acontecimientos.

De cualquier modo, como ya se ha dicho, las guerras se libraron, se libran y se librarán sobre la disposición física, los accidentes y los obstáculos naturales, factor que se tiende a olvidar demasiado a menudo, por desgracia, y esto consecuentemente deja las explicaciones incompletas

² JULIANO, *Misopogon* 340d. Siempre preferirá esta ciudad a las capitales tradicionales de la provincia, incluso a Tréveris, que se convertirá en residencia imperial casi permanente desde el reinado de Valentiniano I y Graciano hasta Estilicón, aunque ya había sido utilizada frecuentemente en la Tetrarquía. Esta misma expresión es también recogida por T. M. LINDSAY, en H. M. GWATKIN, J. P. WHITNEY (eds.), *The Cambridge Medieval History. I The Christian Roman Empire*. Cambridge, 1975, p. 74.

y a veces poco ilustrativas por parte de los investigadores. La Geografía, esa gran olvidada, encerrada en los viejos manuales de Estrategia, se ha erigido casi ininterrumpidamente como la verdadera justiciera de las campañas militares, de las grandes ofensivas y de los movimientos tácticos. Así como Leónidas pudo aguantar valientemente y contra todo pronóstico al abrumador y gigantesco poderío persa, Varo naufragó de modo trágico y total en su correría por Germania, pese a que contaba con un excelente y adiestrado ejército. Magnencio, como veremos, perdió una gran batalla en Mursa, y junto a ella también sus posibilidades de convertirse en señor del Imperio, al pelear contra Constancio II en un terreno que no era adecuado para las características de sus legiones de Occidente, y se vio enseguida sobrepasado y finalmente aniquilado por una emergente y ya casi medieval caballería que demostró su avasallador dominio sobre la guerra en las llanuras. Más tarde en el tiempo Felipe II, Napoleón y Hitler fracasaron, por diversos motivos, en sus planes para invadir Inglaterra, esa isla que con el nombre romano de Britania se halló también bajo los dominios del César Juliano. El genio francés y el Führer alemán también sufrieron una catástrofe en Rusia; los dos tuvieron la victoria en la palma de la mano, y bastantes posibilidades de triunfo, pero la Geografía (y el clima) al final siempre tiene(n) la última palabra³.

El título de este trabajo, *Guerra y Política en el Imperio Romano de Occidente (337-361)*, pretende mostrar una panorámica lineal y detallada de los acontecimientos ocurridos en el Oeste desde el comienzo del reinado de Constante hasta el fin de la incruenta guerra civil entre Constancio II y

³ Cf. respecto a la importancia de la geografía y la cronología en la Historia a J. M^a. ROLDÁN HERVÁS, *Introducción a la Historia Antigua*. Madrid 1975, pp. 66-91.

Juliano que terminó con la coronación de éste último como único emperador del Imperio Romano. La motivación principal ha sido estudiar las relaciones dinásticas de la familia imperial y el mandato de Juliano en Occidente, lo que nos llevará a sopesar las características del ejército romano durante esos años a través de las campañas militares y las guerras intestinas, y plantear el problema de las invasiones bárbaras en el siglo IV mediante el estudio de las fortificaciones y el sistema defensivo del *limes* sobre el Rin. Pretendemos del mismo modo que este sea el primer estudio monográfico de Juliano como César.

Aquí van a tratarse los varios aspectos de las campañas militares del ejército romano en Galia a mediados del siglo IV, utilizando los mismos parámetros como guía, a los que se unirán las consideraciones políticas, coyunturales y dinásticas que correspondan a cada momento, con la intención de plasmar un marco claro y definido de los acontecimientos acaecidos entre los años 337 y 361, siempre con las miras puestas, cuando esto sea posible, en el *limes* renano, que tuvo que ser observado con tanto recelo y ansiedad por los comandantes de la Roma Tardía como por los grupos acorazados americanos del general Patton. Asimismo, la afirmación tantas veces proferida de que las fronteras del Imperio Romano de Occidente lo hacían prácticamente indefendible será analizada y estudiada aquí detenidamente, y los hechos relatados dejarán ver cuanto de razón hay verdaderamente en ella. Se tratará de plantear un claro esquema de los acontecimientos concretamente políticos y bélicos en la provincia, desde la muerte de Constantino hasta la marcha hacia el Este de su sobrino Juliano.

Se va a estudiar el estado de cosas en los dominios occidentales tras la muerte de Constantino, las difíciles relaciones entre sus hijos y las controvertidas medidas de gobierno que a menudo éstos tomaron; la

usurpación de Magnencio, que significó un acontecimiento de gran relevancia para el futuro, justo cuando el siglo alcanzaba entonces su mitad. Después, los años de las primeras invasiones bárbaras y la respuesta romana encarnada en la formación de las tropas galas de Juliano, van a recibir toda la atención; parece que cualquier trabajo en este campo tendrá que centrarse durante esos años en la figura de este César Occidental, y así lo vamos a hacer nosotros. Las siempre dramáticas y difíciles (por las numerosas sombras del pasado) relaciones con su pariente y señor Constancio II, tras el nombramiento de aquél como partícipe del Imperio, su actuación global en Occidente, con especial énfasis en el aspecto militar y en la política defensiva de fortificación, y las batallas que le convirtieron en el mejor general y estratega de todo el Imperio Tardío van a ser tratadas aquí. Finalmente veremos la proclamación realizada por las tropas galas en 360 que de hecho lo transmutó en un usurpador⁴, aunque pocas soluciones más quedaban ya, cuando el deterioro del trato personal y diplomático había llegado a ese punto. Sus soldados le auparon a un escudo, como si de un caudillo celta se tratase⁵, y un petulante le colocó un collar de condecoración en la cabeza para simular la diadema imperial⁶. La suerte estaba echada. Pero contra todo pronóstico la guerra no se libró, y encontraremos al Príncipe dueño de todo el Imperio Romano sin derramar ni una gota de sangre, cosa no habitual para esos tiempos. Intentaremos averiguar las claves de su periodo, especialmente respecto a su gestión militar, tratando de discernir entre sus logros y sus fracasos, aciertos y errores, para configurar una visión de conjunto que hasta ahora falta sobre su actuación como César y general en Occidente. Pese a que W. W. Tarn

⁴ F. J. GUZMÁN ARMARIO, *Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio romano según el testimonio de Amiano Marcelino*. Madrid 2006, pp. 108-109. Aunque es complicado equiparar a Juliano con figuras de usurpadores como Magnencio o Procopio, que libraron batallas y guerras civiles, utilizando también desde el principio y masivamente métodos violentos contra el poder "legítimo".

⁵ A. GOLDSWORTHY, *Grandes generales del Ejército Romano. Campañas, Estrategias y Tácticas*. Barcelona 2005, p. 414.

⁶ LIBANIO XIII 33-34.

dijo que “*la misión de la Historia no es celebrar los grandes ejércitos*”⁷, nosotros en algunas ocasiones tendremos que destacar los hechos de armas de aquél ejército galo, si bien no muy grande, al menos valeroso y combativo.

Otras facetas de la personalidad y el gobierno posterior de Juliano como Augusto único van a quedarse, consecuentemente, fuera del marco de nuestro trabajo; una de ellas será su extensa actividad legal. También vamos a pasar de puntillas, siempre que nos sea posible, sobre las creencias personales de este emperador y los aspectos religiosos de su reinado, que han sido envueltos por la polémica durante largas centurias; estudiosos como W. Carrol Bark⁸, o J. J. Norwich⁹, entre otros, parecen haber entendido sólo parcialmente el reinado de éste personaje, ofreciendo una imagen incompleta. Sobre esta cuestión, se ha acusado a Juliano de sectarismo o fanatismo religioso, sin tener en cuenta el ambiente en ocasiones polémico de su época, donde a veces encontramos momentos

⁷ W. W. TARN, *La Civilización Helenística*. Méjico 1969, p. 11.

⁸ W. CARROL BARK, *Orígenes del Mundo Medieval*. Buenos Aires 1978, p. 127. Afirma que Juliano “*nunca llegó a comprender el cristianismo*”, lo que nos parece una afirmación excesiva y poco ponderada, en tanto no ha llegado hasta nosotros la obra *Contra los Galileos* al completo, donde se dan trazos de una capacidad de polémica muy elevada; O. GIGON, *La Cultura Antigua y el Cristianismo*. Madrid, 1970. pp. 173-175, la califica de “*monumental*”, y admite que de haber permanecido vivo Juliano, hubiese podido poner en serios aprietos al cristianismo: “*No es difícil suponer que Juliano hubiera podido lograr meter a los cristianos en una situación nada fácil de haber vivido más tiempo*”. Para este autor, en cambio, Juliano “*conocía a fondo el cristianismo*”. Aparte de todo ello, hay que subrayar la sólida educación arriana que el príncipe recibió en su juventud hasta 351, unos conocimientos que se vieron reflejados después en su polémica contra los cristianos (Cf. SOZÓMENO V 2, 10). Pensamos que Juliano conocía perfectamente bien el cristianismo cuando publicó su edicto de tolerancia, sabiendo como las diferentes sectas galileas iban a luchar a muerte entre ellas debilitándose (Cf. AMIANO MARCELINO XXII 5, 4).

⁹ J. J. NORWICH, *Breve Historia de Bizancio*. Madrid 2000, p. 62. Allí se trata en un par de páginas todo el gobierno de Juliano, al que se tilda de “*fracaso total*”, sin ninguna atención a su obra legislativa o sus victorias en el campo de batalla. Este autor, muy cercano al pensamiento Protestante, culpa a Juliano por no haber permanecido cristiano, y por defender una religión *moribunda y mal definida*, ignorando que al menos la mitad del Imperio permanecía pagana (Cf. A. H. M. JONES, *The Social Background of the Struggle between Paganism and Christianity*, en A. MOMIGLIANO (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*. Oxford 1970), y que la obra de SALUSTIO *Sobre los Dioses y el Mundo* hacía que la religión que pretendía implantar Juliano estuviese lejos de ser “*mal definida*”. Dicha obra, considerada a menudo como un “*catecismo pagano*”, se encuentra publicada en español en PSEUDO PLUTARCO, *Sobre la Vida y la Poesía de Homero*, PORFIRIO, *El Antro de las Ninfas de la Odisea*, SALUSTIO, *Sobre los Dioses y el Mundo*. Introducciones, traducciones y notas de E. A. RAMOS JURADO. Biblioteca Clásica Gredos 133, Madrid 1989.

tensos de enfrentamiento cultural e ideológico. En su política de gobierno pueden encontrarse de hecho ciertos paralelismos con algunas medidas de los Emperadores Cristianos desde 341 a 394¹⁰. La notoriamente famosa ley escolar de nuestro personaje¹¹, que ha resultado merecidamente muy comentada y estudiada, llegó a tener su réplica en sentido contrario, cuando Justiniano legisló de la misma forma doscientos años después, no solo igualando las disposiciones de Juliano, sino superándolas¹².

Del mismo modo, obviaremos su campaña persa del año 363, pese a que ha sido criticada en numerosas ocasiones¹³. El plan, prácticamente un

¹⁰ AGUSTÍN DE HIPONA (*La Ciudad de Dios* XVIII 52) lo clasificó como un “perseguidor” más, pese a la tolerancia inicial de su reinado, por la ley que prohibía a los profesores cristianos impartir cultura clásica (Cf. *Codex Theodosianus* XIII 3, 5; *Codex Iustinianus* X 53, 7). Los supuestos “mártires” de Juliano al parecer no se pueden considerar como tales, según afirma la investigación contemporánea (Cf. J. R. AJA SÁNCHEZ, “Obispos y mártires palestinos: el caso de Gaza (s. IV)”. *Gerión* 19 (2001), pp. 587-590), pero otros investigadores han destacado sus medidas religiosas y su trato de favor a los paganos; en cambio, parece que Constantino I vació muchos templos antiguos, robando sus riquezas (Cf. ANONYMUS DE REBUS BELLICIS II, 1), otorgó enormes privilegios al clero cristiano y les proporcionó suntuosos edificios en Roma y otros lugares. Sus hijos prohibieron los cultos paganos en 342, 346 y 356, y su sucesor Teodosio en 380 y 392. Nadie acusó a estos monarcas de sectarismo o fanatismo religioso; en cambio, sí a Juliano, que hasta su ley escolar ordenó la restitución de las propiedades y bienes robados a los templos y la reanudación del culto. El italiano G. RICCIOTTI, *Juliano el emperador Apóstata según los documentos*. Barcelona 1959, p. 58, formó una teoría tan ingeniosa como original, según la cual fue la frialdad especulativa del arrianismo donde se educó en su niñez la causante del desdén que adquirió Juliano hacia el cristianismo ya desde muy joven, y que su espíritu sensible y delicado hubiese podido evolucionar de modo diferente adoctrinado en la ortodoxia, para convertirse quizás en otro Basilio el Grande. Este autor también afirma que Juliano era un “*buen conocedor material de los libros sagrados*” (*op. cit.*, p. 22). Cf. D. BOWDER, *op. cit.*, p. 98, en cambio difiere de ello argumentando que el arrianismo era una doctrina mucho más fina, elaborada e intelectual que la ortodoxa, y que por eso mismo influyó notablemente en los círculos de cristianos cultos del Imperio de Oriente, imbuidos todavía por el platonismo y las enseñanzas especulativas origenistas.

¹¹ *Codex Theodosianus* XII 1, 50; JULIANO, *Carta* 42; AMIANO MARCELINO, XXII 10, 7. Para los aspectos legales de su reinado, véase J. J. CHAO FERNÁNDEZ, *La obra legislativa del emperador Juliano*. Tesis inédita de la Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, bajo la dirección de José María Blázquez Martínez (1976).

¹² Cf. H. J. BLUMENTHAL, “529 and its sequel: What happened to the Academy?” *Byzantion* 48 (2) 1978, pp. 383. Las leyes que prohibían a los profesores paganos ejercer la docencia y recibir cualquier tipo de *annona* se encuentran en *Codex Iustinianus* I 5 18, 4 y I 11 10, 2. En I 11, 9 se prohíbe expresamente cualquier tipo de herencia, donación o legado relacionados con lugares de culto pagano.

¹³ F. J. GUZMÁN ARMARIO, *op. Cit.*, pp. 161-165; aquí va a formularse la idea de que Juliano fue el culpable de la derrota de Adrianópolis por las bajas en el ejército y el consecuente debilitamiento que causó su expedición persa, pese a que este emperador había muerto quince años antes de que ocurriese la debacle en Tracia (363-378). Otros detractores de la actuación del emperador en Persia: A. GOLDSWORTHY, *op. Cit.*, pp. 415-417; A. FERRILL, *La caída del Imperio Romano. La explicación militar*. Madrid 1989, pp. 52-56. K. BRINGMANN, *Juliano*. Barcelona 2006 p. 211.

calco del usado por Alejandro Severo más de un siglo antes¹⁴, fracasó desde el principio por la defección de Arsaces, rey de Armenia, y la extraña pasividad –que incluso podría llegar a la traición- del general Sebastián y de Procopio¹⁵, pariente éste último de Juliano por parte de madre, que quizá ya soñaba con convertirse en su sucesor, lo que le llevaría posteriormente, en 365, a realizar una tentativa al trono que le costaría la vida¹⁶. La quema de los barcos no resulta tan disparatada si se considera que el emperador necesitaba de los brazos de los marinos, ya que sus unidades destacadas en el norte no aparecían, y que actuar de otra manera era regalar a los persas la flota romana. Pese a la gran incógnita que representa esa mitad del ejército que no pudo acudir en su ayuda descendiendo desde Media (aquí una laguna en el texto de Amiano nos priva de una posible explicación), y pese a los grandes problemas del suministro y el clima, que perjudicó a los muchos soldados celtas y germanos en las grandes distancias de aquel país, Juliano, y esto se oculta a menudo, no fue derrotado, y tampoco perdió ninguna batalla¹⁷. Este particular resulta especialmente importante si consideramos que el mítico Aníbal conoció su propia aniquilación en Zama (202 a. C.) al intentar un movimiento que cuanto menos era considerado arriesgado, romper el centro romano para realizar un doble envolvimiento, y que tampoco pudo evitar que los Escipiones le arrebatasen Hispania cuando ya lo tenían todo prácticamente perdido. De manera más cercana, George Washington, considerado unánimemente como uno de los grandes comandantes de la historia, fue derrotado severamente en cuatro ocasiones,

¹⁴ HISTORIA AUGUSTA, *Alejandro Severo* 50-56, EUTROPIO, VIII 23, AURELIO VÍCTOR, XXIV, pero sobre todo HERODIANO VI 5-6.

¹⁵ F. J. GUZMÁN ARMARIO, *op. Cit.*, p. 107.

¹⁶ Un relato pormenorizado de la usurpación de Procopio en AMIANO MARCELINO XXVI 6-10. Cf. asimismo P. GRATTAROLA, “L’usurpazione di Procopio e la fine dei Costantinidi”. *Aevum* LX (1986), pp. 82-105.

¹⁷ De hecho, tras derrotar rotundamente a las tropas persas en las afueras de Ctesifonte, el ejército romano podría haber coronado victoriosamente la campaña con la captura de la capital persa, pero en un arrebato de indisciplina parece que los soldados se dedicaron al pillaje de los vencidos y perdieron la oportunidad de entrar en la ciudad, entonces indefensa (Cf. FESTO XXVIII 2 y LIBANIO XVIII 255).

White Plains (1776), Brandywine, Germantown y sufrió un descalabro - muy especialmente- durante el invierno en Valley Forge (1777), sin contar la cantidad de fuertes y posiciones importantes que perdió¹⁸. El general de la Confederación Robert E. Lee, un icono militar para los americanos tanto del norte como del sur, no se libró de cometer su particular error, que a la postre condenaría el resultado de la guerra, en Gettysburg (1863), al ordenar fútiles e innecesarios asaltos al centro y la izquierda unionista, en los que masacró las divisiones de Hood y Pickett. Juliano no hizo nada de eso. No fue un despilfarrador de hombres que despreciase la vida de sus soldados, ni un general imprudente, aunque se le acuse a veces de temerario e insensato; en un entorno bélico sin armas de fuego ni grandes medios masivos de destrucción, era exactamente el tipo de comportamiento necesario para liderar a los hombres en la batalla y conducirlos hacia la victoria. La Guerra Antigua se libraba de una manera, que puede parecer extraña hoy, pero no podemos mirarla con nuestros ojos, y debemos comprender que no había entonces otra forma de hacerla. Nunca cambió Juliano sus planes insensatamente, ni obvió de manera alguna los detalles de la ciencia bélica. El César era semejante por todo ello a “uno de esos conductores de hombres del siglo XV, que a los treinta años ya son viejos”, como diría Robert Brasillach¹⁹. Jamás dejó, no obstante, que su gloria personal le cegase, para comenzar a realizar tácticas peregrinas o planteamientos fuera de lugar. Pero aun así ciertos críticos modernos van a

¹⁸ Merece la pena hacer una excepción y mencionar brevemente lo ocurrido en dichas ocasiones, pese a ser ajenas a nuestra Edad Antigua; Una flota británica desembarcó en la bahía de Chesapeake al ejército expedicionario de William Howe, cuya misión era conquistar la capital de los rebeldes americanos, Philadelphia. Washington movió su Ejército Continental para bloquear el paso a los británicos, y pese a gozar de la ventaja del espacio y el tiempo a su favor, no pudo lograr su objetivo. Su ejército se dispuso para el combate en la excelente posición defensiva de Brandywine Creek (11 de septiembre), y aun así fue derrotado y dispersado por Howe, que obtuvo de este modo vía libre para conquistar con facilidad la capital revolucionaria. El contraataque organizado por Washington para recuperar Philadelphia fue igualmente frustrado, y de nuevo Howe derrotó al Ejército Continental en una batalla campal cerca de Germantown (4 de octubre), manteniendo así la capital en su poder. En Valley Forge, el lugar elegido para los cuarteles de invierno por Washington con la función de simplemente albergar a sus tropas hasta la primavera de 1778, el Ejército Continental se libró milagrosamente de quedar completamente destruido por el frío, el hambre, la enfermedad y el cansancio de la guerra.

¹⁹ R. BRASILLACH, *Comme le Temps Passe*. Paris 1963, p. 213.

señalar los colosales errores estratégicos de Juliano en Persia, una campaña que, en el peor de los casos, hubiese terminado con un tratado de paz como poco muy favorable a Roma, de no mediar la misteriosa e irresoluta muerte del emperador. Sobre las afirmaciones de que Juliano se vio cegado por sus propios triunfos, y que - cansado de la ceremoniosa existencia imperial en Constantinopla - anhelaba nostálgicamente su antigua vida militar, hecho que le hizo provocar una nueva guerra²⁰, o que deseaba emular a Alejandro Magno²¹, simplemente comentaremos que su predecesor en el trono Constancio se vio obligado a librar no una, sino tres difíciles guerras contra los persas²², y que su propio tío Constantino marchaba hacia el Este con todo su ejército cuando le sorprendió la muerte en Acyron, por el mismo motivo²³. Para terminar, señalaremos que tampoco vamos a tratar la muerte del emperador, sobre la que guardaremos un *prudente silencio*, el mismo que él mantuvo al no nombrar un sucesor²⁴. En definitiva, muchas y

²⁰ Idea que ha sido apoyada incluso desde el sector pagano por sus propios admiradores, seguramente, en nuestra opinión, ofuscados y doloridos por la pérdida de su gran héroe y de su última oportunidad, más que sopesando fríamente los motivos de la campaña persa. Así, AMIANO MARCELINO XXV 4, 27. El EPITOME DE CAESARIBUS (43 1) se manifiesta de manera muy parecida: “*Igitur Iulianus, redacta ad unum se orbis Romani curatione, gloriae nimis cupidus in Persas proficiscitur*”. El mismo ambiente de rabia contenida y amargura por la innecesaria y prematura muerte de su amigo se respira por todo el *Canto Fúnebre por Juliano* de LIBANIO, en LIBANIO, *Discursos vol. III. Discursos Julianeos*. Introducción de A. GONZÁLEZ GÁLVEZ. Biblioteca Clásica Gredos 290, Madrid 2001.

²¹ El primero en realizar tal acusación fue el escritor eclesiástico SÓCRATES III 21, 7. Esta noticia ha llegado a algunos estudiosos actuales (Cf. F. SAVATER, “Juliano el Piadoso”. *Tiempo de Historia* 12. Madrid 1975 p. 53), pero K. BRINGMANN (*op. cit.*, p. 191) ha demostrado que no pasa de ser un simple artificio creado por un autor cristiano y hostil por lo tanto a la figura del emperador.

²² ZÓSIMO III 33, 3. Así, A. MURDOCH, *The Last Pagan: Julian the Apostate and the Death of the Ancient World*. Stroud 2003 p. 156, afirma que el problema persa era real y estaba muy presente desde la subida al trono de Sapor I; parece que no sólo Constantino, sino también Constancio II se estaba preparando para una *guerra total* contra los sasánidas hacia el final de su reinado (al menos así lo afirma del primero su hagiógrafo EUSEBIO, *Vida de Constantino* IV 56, 1). De ser así, Juliano solamente habría recogido el testigo del trabajo aún sin realizar pero ya planeado por sus antecesores.

²³ Cabe destacar que en otro pasaje de AMIANO MARCELINO (XXV 4, 23), este historiador culpa directamente al propio Constantino de los problemas con los “partos” y de la desatada hostilidad hacia Roma de Sapor II durante los reinados de Constancio y Juliano. En este sentido, G. A. CRUMP (*op. Cit.*, p. 57) señala que sólo Juliano en todo el siglo IV fue capaz de asegurar al menos temporalmente sus posiciones danubianas y renanas para lanzar una invasión a gran escala contra Persia que sirviese de firme respuesta a los múltiples ataques que el Imperio sufrió desde el Este, especialmente en época de Constancio. Ni su tío ni su primo antes que él pudieron realizar tal cosa. Igualmente de acuerdo con la realidad muy palpable del problema persa, heredado y plenamente justificado, K. BRINGMANN, *op. cit.*, p. 193.

²⁴ Cf. AMIANO MARCELINO XXV 3, 20. LIBANIO (XVIII 274-275) acusará más tarde a los cristianos como responsables directos de la muerte de Juliano, ya que la lanza que le hirió de muerte por la espalda era romana y que ningún persa reclamó su muerte.

variadas han sido las críticas que Juliano ha recibido a lo largo de los tiempos, desde las leyendas monstruosas iniciadas por Gregorio Nacianceno²⁵ hasta algunos investigadores de la actualidad²⁶. Es evidente que las chanzas de los habitantes de la Antioquía del siglo IV proliferaron; las pullas contra la barba, los hábitos y el físico de este emperador hicieron famosa en la Antigüedad Tardía a esta ciudad²⁷. Otro tipo de monarca habría decidido arrasar la ciudad como pago por su conducta²⁸, máxime cuando tenía bajo su mando en ese momento a 85.000 que hubiesen cumplido cualquier orden. Juliano prefirió contestar con el “*Enemigo de la Barba*”, y dejar la urbe así intacta pero llena de su desprecio²⁹. Ellos lo insultaron en vida; otros empezaron a hablar cuando éste falleció³⁰. Muchos se dedicaron a celebrar el final de su gran enemigo, haciendo hincapié en la futilidad de los oráculos y los falsos dioses, aunque se dignaron postreramente a otorgar a dichas prácticas un cierto grado de efectividad, aunque solamente se les reconoció tal para anunciar el mal augurio de su propia definitiva extinción³¹. Aunque no todo desde su muerte fueron

²⁵ Trataremos correspondientemente esta descripción en el capítulo “Constancio y Juliano”.

²⁶ M. LE GLAY, *Grandeza y Caída del Imperio Romano*. Madrid 2002, p. 393. Nunca, en tanto la memoria nos alcanza, habíamos encontrado una obra en la que se achacase a un emperador, ya sea Constantino, Diocleciano, Cómodo, Heliogábalo o Marco Aurelio, de ser “feo” o “poco agraciado”.

²⁷ Para la importantísima faceta de la imagen oficial imperial, aspecto tremendamente cuidado y atendido por todos los gobernantes romanos, véase A. ALFÖLDI, *Die monarchische Repräsentation im römischen Kaiserreiche*. Darmstadt 1980, y P. ZANKER, *Augusto y el poder de las Imágenes*. Madrid 1992.

²⁸ Tal fue el caso de Alejandría, cuya población fue masacrada por Caracalla por las burlas constantes que se dirigían contra el emperador (Cf. HERODIANO IV 8, 6-9).

²⁹ K. BRINGMANN (*op. cit.*, p. 216) calificará el *Misopogon* como “desmesurado”.

³⁰ EFRÉN SIRIO (*Himnos contra Juliano*, II 5) volverá a mencionar la “barba de cabra” de Juliano, comparándole a la vez con un judío penitente (nazirita), y culpándole de la pérdida de su ciudad, Nísibis, sin mencionar que fue entregada no por Juliano, sino por un emperador cristiano, Joviano. EUNAPIO V fr. 29, 1 (BLOCKLEY) muestra un pasaje que con una traducción poco clara nos deja dudas acerca del significado verdadero del párrafo, del que se desprende que Joviano pudo ser un lapso; se ha utilizado *resign*, que podría significar tanto que Joviano “rechazó sacrificar” y “dimitió”, renunciando al cargo, o que “se resignó”, y “cedió”, sometiéndose y haciendo un voto pagano. Eventualmente, Joviano jamás hizo tal cosa, pero podría pensarse al traducir de esa forma *αποξεσζαι*. Hoy normalmente no se aceptan las afirmaciones de que fue cesado como guardia imperial por Juliano debido al cristianismo: Cf. SÓCRATES III 22, OROSIO VII 31, ZONARAS XIII 14).

³¹ Nos referimos a las palabras que el oráculo de Delfos (o Dafne) recitó para el emisario del emperador Juliano, en 363, poco antes de que éste partiera para la campaña persa; la respuesta “divina” fue anunciar al Augusto el fin de los oráculos, que caerían en un total silencio propio de la muerte (Cf. TEODORETO III 21; JUAN DE RODAS, *Passio Artemii* 35; CEDRENO I 532). Véase también A. M. CAMERON, “Agathias and Cedrenus on Julian”. *Journal of Roman Studies* 53 (1963), pp. 91-94.

vituperios e insultos; el mundialmente famoso presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, utilizó curiosamente un pasaje de Amiano Marcelino acerca de Juliano, precisamente para fustigar la desmedida afición por la bebida de uno de sus generales, que llegó a ser comandante supremo de las fuerzas unionistas durante la Guerra de Secesión y más tarde, a su vez, incluso presidente del país, Ulysses S. Grant³².

Se verá que, de modo inevitable y por todo lo anteriormente citado, nuestra narración (que intentará ser sensata y ordenada) tendrá que saltar en algunas ocasiones adelante y atrás en el tiempo para ofrecer las explicaciones pertinentes a cada momento. De manera muy especial, a lo largo de todo el trabajo tendremos que volver la mirada años atrás hacia la fatídica y sangrienta jornada de Mursa, en la actual Croacia, una de las batallas más descomunales de Occidente dentro de las guerras civiles romanas y que sin lugar a dudas marcó decisivamente el futuro militar de esa parte del Imperio, aunque se haya olvidado a menudo la importancia y significado de semejante encuentro bélico.

Amiano Marcelino³³, el elegante Libanio y el eternamente discutido y deslegitimado Zósimo serán nuestros compañeros casi permanentes en esta travesía. De entre los autores militares, hemos dejado de lado

³² Se trata de AMIANO MARCELINO XVI 5, 8; en ese pasaje se relatan los rumores sobre Hippias de Elis y otros sabios y sofistas de la Antigüedad, de los que se pensaba que bebían brebajes mágicos, dada su prodigiosa memoria. Amiano afirma que de ser esto cierto, Juliano debería haberse bebido un barril entero de tal poción, por las excepcionales capacidades mentales de las que gozaba apenas llegado a la edad adulta. La comparación cáustica y mordaz del César y los supuestos bebedizos con los festivales alcohólicos de Grant es fácilmente discernible. Cf. G. JAVOR, "Lincoln, Grant and Whiskey". *American Notes & Queries* 10 (1971), pp. 42-43.

³³ F. J. GUZMÁN ARMARIO, en su obra citada arriba, duda repetidamente de la veracidad de este autor. Pero realmente nuestro historiador estuvo presente muchas veces en Occidente en los lugares de los hechos que vamos a tratar, accedió a copiosos informes oficiales y se entrevistó con muchos protagonistas; aparte tenemos su propia declaración de intenciones (AMIANO MARCELINO XVI 1, 3), que podrá creerse o no, pero existe la absoluta certeza de que cualquier error o versión flagrantemente manipulada o alterada hubiese recibido una réplica (especialmente desde los autores cristianos) que probablemente se nos hubiese conservado hasta hoy, mientras lo único que encontramos es un silencio absoluto que avala la veracidad, globalmente, del antioqueno.

voluntariamente a los grandes tratadistas romanos y griegos de las épocas más primitivas (como Onasandro, Flavio Arriano, Frontino, o Catón el Mayor, por poner unos ejemplos), pues en el período en el que nuestro trabajo se centra, la Antigüedad Tardía, no sólo la religión, la sociedad y el pensamiento estaban evolucionando ya hacia la Edad Media, sino que la poliorcética y la guerra también se estaban moviendo en esa dirección, sufriendo una mutación que nos llevará en no pocas ocasiones a encontrarnos con episodios que nos recuerdan más a las épocas de Pipino y Carlomagno, Hermann von Salza y Lacplesi, que a la del Imperio Romano. Por ello, el *Epitome de Rei Militaris* de Vegetio y el *Strategikon* de Mauricio, ya situado en plena época bizantina, serán dos herramientas útiles y provechosas para movernos en los ambientes bélicos de nuestro período, y a los que echaremos mano sin dudar siempre que la situación exija examinar las pautas tácticas, estratégicas, organizacionales o prácticas en un momento determinado, repasando la evolución del armamento romano cuando sea posible y también comprobando como Juliano había unido el conocimiento del arte de la guerra tradicional grecorromano a su condición de hombre de acción, una faceta de *emperador – soldado* muy a menudo desapercibida.

De entre las muchas excelentes obras con las que afortunadamente hemos tenido la suerte de contar para confeccionar el trabajo siguiente, muchas de ellas procedieron de Gran Bretaña o Estados Unidos, y fueron utilizadas en la versión original en lengua vernácula. Para autentificar que no se han interpretado arbitrariamente cualesquiera aseveraciones expuestas en los originales, hemos mantenido las citas en su idioma primigenio y en cursiva. Las citas de autores contemporáneos y los fragmentos de los escritores antiguos aparecen también en cursiva. Una vez señalados todos los posibles puntos de conflicto o las interrogantes que esta

obra pudiese mostrar, sólo nos queda indicar el inicio de la misma, señalando, como no podía ser de otro modo, que de los muchos errores que podrán encontrarse sólo yo soy el responsable.